

INTRODUCCIÓN

La edición de libros es una actividad compleja que, como objeto de investigación, permite acercamientos desde varias disciplinas. Por uno de sus extremos, el editor aparece vinculado a la historia de la cultura escrita: es quien, en última instancia, hace públicos los discursos —políticos, literarios, filosóficos, técnicos, científicos...— que conforman la visión del mundo de una comunidad: los selecciona, les otorga forma material y los difunde. Por el otro extremo, el editor se ve sometido a una serie de servidumbres: es un empresario que debe obtener réditos de su actividad en un marco económico, social y político concreto y, como tal, está sujeto a múltiples vaivenes coyunturales. Teniendo esto en cuenta, el presente estudio analiza un breve periodo de la historia de la cultura en lengua española del siglo XX reconstruyendo el puente que une los mercados de lectura, las comunicaciones, las coacciones políticas y otros factores con la inteligencia o la sensibilidad literaria mediante su concreción en forma de libro. Para hacerlo, se pretende tener siempre la vista puesta simultáneamente en el libro como vehículo de saberes y como manufactura; atenderemos a la calidad intelectual de los catálogos, pero también a las circunstancias políticas y económicas que los determinan; asimismo, veremos en el libro un producto de la inteligencia humana tanto como una consecuencia de los límites a los que esta queda sujeta por la zigzagueante historia de las organizaciones sociales. En definitiva, con este libro hemos querido redactar un capítulo de la historia cultural de los países de habla hispana en el que, para evitar representaciones idealistas de la misma, no se obvian aspectos de su historia económica y política que han incidido en su configuración.

Para acotar este acercamiento nos hemos fijado en el ámbito de la edición en lengua española entre 1936 y 1950. La elección de este marco temporal se debe

a que constituye un periodo al mismo tiempo excepcional y determinante en las relaciones editoriales transatlánticas. Algunas industrias editoriales, como la argentina y la chilena, vivieron en esos escasos tres lustros su edad de oro, que coincidió con el declive de la industria española, mientras otras, como la mexicana, experimentaron un sostenido desarrollo que maduró en las décadas siguientes. Este hecho tuvo consecuencias determinantes en la conformación de las culturas nacionales americanas. El despertar editorial de algunos países de América latina implicó un nuevo modelo de relacionarse culturalmente con el resto del mundo. La autonomía editorial supuso, en gran medida, una toma de conciencia de las potencialidades propias, al tiempo que desarrolló una especie de panhispanismo editorial muy fructífero del que no participó España por su peculiar situación de aislamiento cultural. Con estos y otros factores se quebró bruscamente el sistema de dependencia editorial respecto de Europa —que, en gran medida, implicaba asimismo una dependencia intelectual— y se inauguró un nuevo modelo que favoreció el desarrollo de culturas nacionales. En definitiva, quedó instaurado un efímero patrón en las relaciones entre España y las repúblicas americanas a través del libro que implicó esquemas y normas de intercambio cultural, político y económico. Las editoriales llevaron a cabo una globalización de la cultura de élites que precedió a la globalización de la cultura de masas. Esta situación, que tuvo lugar entre los antiguos modelos de expansión editorial y el paradigma actual de concentración de las industrias culturales, plantea cuestiones relevantes para dilucidar la trayectoria de la cultura en español del siglo pasado. ¿Significó la expansión de las empresas editoriales europeas hacia mercados internacionales un proceso de democratización y comunicación entre los pueblos o, por el contrario, debe ser interpretada como un proceso de alienación y pérdida de identidad? E, inversamente, ¿el desarrollo de las industrias nacionales americanas supuso la liberación de ataduras a modelos extraños? En definitiva, ¿es la emancipación de la producción nacional del libro un paso esencial en el proceso de autonomía cultural de una sociedad?

Es un deber muy grato dejar constancia de mi reconocimiento a algunas de las personas que me han ayudado en la elaboración de este trabajo. Menciono a María del Carmen Porrúa, José Luis de Diego, Enrique y Emilia Zuleta, María Teresa Pochat, Dionisio Pérez, Gloria López Llovet, Eustasio García, Alejandrina Devéscovi y José González Ledo, que me orientaron hace ya varios años por el mundo de la historia editorial argentina. Las primeras pesquisas para poder llevar a cabo este estudio las realicé en la Universidad Autónoma de Madrid,

guiado por el director de mi tesis doctoral, Francisco Caudet. De él recibí no solo valiosos consejos y acertadas correcciones a los primeros esbozos de este libro sino, sobre todo, ejemplo de dedicación a la investigación académica. Entre las personas que me han ayudado a acercarme al campo de estudio de la historia editorial, debo mencionar a Manuel Aznar Soler, de la Universidad Autónoma de Barcelona, Pura Fernández, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, José Luis de Diego, de la Universidad de La Plata, y Andrea Pagni, de la Universidad de Erlangen-Núremberg. Sus generosas invitaciones a colaborar en proyectos de investigación y a participar en cursos de posgrado, números monográficos de revistas y jornadas científicas me han obligado a profundizar en mis reflexiones en torno al tema de este libro. Este trabajo bebe de la información hallada en varios archivos y bibliotecas: Biblioteca del Congreso y Biblioteca Nacional de la República Argentina, en Buenos Aires; Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares; Centro de Documentación del Libro y Biblioteca Nacional de España, en Madrid; Arxiu Nacional de Catalunya, en Sant Cugat del Vallès; y Biblioteca de Catalunya, en Barcelona. El personal de estas instituciones, sin excepción, me ha prestado inestimables orientaciones que muchas veces han excedido sus obligaciones profesionales. En particular, Margarita Sierra, del Centro de Documentación del Libro, y Rosa Cruellas, del Arxiu Nacional de Catalunya, me han ayudado a localizar fuentes con extraordinaria generosidad y eficiencia. Chechu Suárez hizo una revisión a fondo de la primera versión del libro, advirtiéndome de erratas y sugiriendo un buen número de cambios que han mejorado el resultado final. Por último, este trabajo ha podido concluirse gracias a una estancia posdoctoral dentro del programa Alianza 4 Universidades, que disfruté en la Universidad Autónoma de Barcelona desde septiembre del 2008. La acogida de los compañeros del Grupo de Estudios del Exilio Literario (Gexel) de esta universidad y las discusiones que con ellos he mantenido acerca de este y otros temas han sido sumamente enriquecedoras. A todos ellos, gracias.